

sera. Orgullo justificado, porque para juzgar del adelanto de un pueblo, es guía segura el grado de progreso de la lengua que habla y el conocimiento que ha alcanzado de ella.

Más tarde los Romanos, siguiendo el ejemplo de los Helenos, pusieron esmero en el cultivo del lenguaje y llegaron a distinguirse por su delicado aticismo que cristalizó en genios augustos como Virgilio y Cicerón. El latín fué una lengua por extremo perfecta, sobre todo en tiempos del Imperio, y ella guarda sus ricos tesoros en obras que honran al cívico y viril pueblo que la poseyó.

Vienen en seguida los tiempos medioevales y el espíritu del hombre, entenebrece, enmudece. No se escucha en todas partes más que el vago murmullo de la plegaria religiosa y las cantilenas de los trovadores envueltas en incipiente lenguaje; más en el período comprendido entre los siglos XII y XIV, que trae consigo la alborada del Renacimiento, y el lenguaje bello, otra vez ostenta sus galas en la obra inmortal de Dante, y en la filosofía de los grandes escolásticos Abelardo, Alberto Magno, y Santo Tomás de Aquino, quienes al conjuro de su razonamiento, ataviado con los valiosos arreos de omnipotente dicción, congregan y subyugan a multitudes ávidas de saber.

A estos progresos se suceden los de los siglos XVI y XVII durante los cuales España culmina por su admirable adelanto en el arte literario, lo mismo que sus émulas de la propia época: Inglaterra, Francia y Portugal. En la primera de las citadas naciones y al advenimiento de Felipe II, nuestra lengua esplendió fluída y hermosa, pues hacía tiempo que se había depurado en el crisol castellano, origen del nombre glorioso que la distingue en los dos hemisferios.

El excesivo desarrollo del lenguaje ha ocasionado, a pesar de todo, serios extravíos al humano espíritu: en la esclarecida Grecia apareció como por el siglo IV, antes de J. C., una casta de filósofos degenerados, los sofistas, que abusando de la palabra y del razonamiento defendían con igual audacia lo mismo el error que la verdad y pretendían probar que lo negro es blanco o viceversa. Comenzaban a sentirse en el pueblo heleno los desastrosos efectos de tan funestas doctrinas cuando un sabio excelso, amigo decidido de la verdad y dueño de incomparable dialéctica, combatió sin descanso a aquellos falsos filósofos, destruyendo todo el error que difundían y haciéndoles huir avergonzados ante el fracaso de su malicia, aunque por ello tuviera el sabio que apurar letal cicuta, símbolo de las armas con que aparentemente triunfan la envidia y la calumnia.

En los tiempos modernos han aparecido fenómenos semejantes, y aunque no se han caracterizado por tan mala fe, al menos se ha puesto al lenguaje a merced de ciertos intereses: así, por ejemplo, los jesuitas llegaron a manejarlo admirablemente y preocupáronse tanto por los triunfos de la palabra, que a sus discípulos los hacían que se fijaran más en la elegancia de la forma que en el fondo de lo que expresaban: poco les inquietaba la idea, su aspiración era que el educando se habituara con los bellos giros para ofuscar a los auditorios o a los individuos de quienes procuraban obtener pro-